

necesario apalearlos para dirigirlos á las brechas, y aun así echábanse por tierra y decían preferir la muerte recibida de manos de los suyos á la muerte recibida de manos de sus enemigos. El arcabuz alemán fué como el rayo de la guerra; y los que habían llegado á los muros alemanes de victoria en victoria, tuvieron que retroceder rotos y maltrechos.

Pero algún tiempo después, Soliman volvió sobre Alemania, nuevamente ganoso de crueles desquites. Contaba el Sultán de Constantinopla para tal empresa con dos poderosos elementos: la amistad de Francia y la división de Alemania. Respecto á Francia, creía que humillado Francisco I nuevamente por el pacto de Cambrai, agarraría la mano del Gran Turco, seguro de su victoria. Y respecto á Alemania, creía que los protestantes se hallaban en el caso de preferirle á su implacable enemigo el Emperador Carlos V. Además, contaba con la influencia de Venecia en Italia, y con los disencuentros, ya casi seguros, entre el Emperador de Alemania y el Rey de Inglaterra. Inspirábale todas estas combinaciones políticas un griego de nacimiento, Ibrahim de nombre, gran visir del imperio, que juntaba en sí al valor de los héroes la inteligencia de los políticos, cual cumplía ciertamente á un hijo de la inmortal madre Grecia.

Ibrahim era como el pensamiento y como el corazón del Sultán. Habitaba casi en su misma estancia, y dormía por las noches á los pies de su cama. Por esta suerte le infundía todos sus pensamientos y le trazaba con mano segura los más colosales proyectos. Su concepto del Emperador Carlos V era en verdad muy pobre. Creíalo falto de energía, é incierto en sus resoluciones. «No es afortunado, exclamaba. Todo lo empieza y nada concluye. Quiere un Concilio y no lo convoca. Sitia Budha y no la toma. No soy yo así. Con Soliman, me creo bastante fuerte para reunir un Concilio, llevar á él de una oreja al Papa y de otra á Lutero, y restablecer la unidad perdida de la Iglesia.» Este gran ministro, que llevó al Sultán hasta Hungría, que le entregó la Estiria, que le dió al imperio turco los dos grandes límites de Budha y de Bagdad, que le sometió los griegos con la finura y delicadeza de su política, que le atrajo la amistad de los venecianos, que le arregló el tratado de comercio con Francia, murió estrangulado, por haber erigido á las puertas de su palacio estatuas traídas de sus conquistas, lo cual olía ciertamente á herético, y

por haber disgustado á la favorita Rogelana, la cual juró y alcanzó su muerte. A 26 de abril de 1532, el inmenso ejército turco franquea la frontera de Hungría. El ejército cristiano, que debiera contrastarlo, no se halla reunido todavía, y no tiene las fuerzas necesarias á la empresa. Fernando, más hábil y más sumiso que en otras ocasiones, resuelto á ganar tiempo á fin de detener al invasor los días necesarios para ganarle por la mano, envía un embajador encargado de ofrecerle tributo por la escasa parte de Hungría, que aun queda bajo su mando. Pero Soliman, deseoso de encontrarse cara á cara con Carlos y de medirse con él cuerpo á cuerpo, rechaza toda capitulación, pues dice que Hungría le pertenece y le pertenece Viena, en cuyos campos cazaban años atrás sus sabuesos; porque él es Emperador de los Emperadores, árbitro de las coronas, sombra de Dios sobre la tierra; él quien ha conquistado Grecia, la mar Blanca y la mar Negra, y quien ha sometido con auxilio de Dios á su dominación toda Hungría.

Carlos V se muestra cada vez más deseoso de medirse con Soliman. ¡Él! tan rígido, tan grave como inmóvil, que no consiente ni á sus ojos siquiera reverberar los pensamientos de su interior; cerrado á todas las investigaciones como un arca santa; dice, «yo mataré á ese perro turco y nadie podrá impedirme la presencia personal en los combates.» El más numeroso y más aguerrido ejército que viera en ningún tiempo Alemania, encuéntrase cerca de Linz. Los lansquenets, las milicias de las ciudades libres, las vistosas gentes italianas, los famosísimos tercios españoles, llegan á componer un formidable conjunto de cien mil hombres, número casi fabuloso en aquellos tiempos. A su vez Soliman, que, según dice, puede reunir cuando quiera quinientos mil hombres, trae más de doscientos mil. Son aquellas gentes como dos confederaciones armadas de razas opuestas, que representan la eterna lucha del Oriente con el Occidente, esa eterna lucha comenzada en los muros de Troya, seguida en los campos de Maraton y de Platea, continuada por Alejandro en Arbelas y por Roma en Cartago, extendida en siglos de siglos tanto por las cruzadas como por la reconquista española, y representada ahora por Soliman y Carlos V en los campos de Alemania. Los momentos parecen supremos y angustiosos. La Cristiandad entera está como amenazada de muerte. Aun palpitan sentimientos de terror en las tradiciones y en la historia.

¡Quién lo diría! El gran conquistador asiático tiembla y vacila. De una parte el clima implacable de Alemania le detiene y de otra parte le detiene también la unidad perfecta de los alemanes en su contra. Un castillo húngaro basta en este instante á parar al coloso, á quien no habia podido parar la sombra gigantesca del sacro antiguo Imperio. Sus propios soldados creen ver en los límites de Occidente las legiones de ángeles, que esgrimen sus espadas sangrientas para exterminarlos. Quince mil hombres de la vanguardia turca se encuentran frente á frente de la vanguardia cristiana y caen rotos en mil pedazos. El inmenso ejército, que amenazaba todo el centro de Europa, retrocede por los mismos días y á la misma hora, en que la escuadra turca, frente á frente del insigne almirante Doria, se hunde en las aguas, para que el luminoso Mediterráneo no pueda ser jamás podrido lago de los harenes de Constantinopla, cual pretendían los sultanes. La retirada se verifica y la Alemania queda libre. Hay todavía historiadores, que achacan á falta de prevision clara en Lutero su política irreconciliable con los turcos. Desconocimiento grande, en verdad, de la naturaleza humana. Si Lutero hubiese sostenido al Imperio mahometano por odio al Imperio católico, enajenarse de seguro la voluntad y el pensamiento de Alemania. Distinguiendo la política de la religion, entregando la obediencia en lo temporal á Carlos V mientras le negaba el acatamiento espiritual, mostróse á la altura de su ministerio y salvó la causa que defendía. Un libro entero consagró á la guerra de los turcos. Por medio de cartas innumerables sostuvo á los príncipes alemanes en el proyecto de la cruzada para defender á Viena y recabar á Hungría. «No puedo callarme, decia; por desgracia existen predicadores entre nosotros, que imbuyen al pueblo una glacial indiferencia hácia la guerra de los turcos. Y aun los hay extravagantes al extremo de creer que su fe impide á los cristianos el recurrir á las armas. No falta quien, tomando á los alemanes por bestias incorregibles, desean verlos en manos de los turcos. Todas estas locuras se imputan á Lutero y al Evangelio como hace tres años la guerra de los campesinos y en general todas las calamidades de este mundo. Urge escribir, pues, tanto para confundir á los calumniadores como para esclarecer las conciencias.» Y despues, cuando supo la retirada de Viena, exclamó: «En verdad, Dios ha combatido por nosotros.»

## CAPÍTULO VIII

DESAPARICION DE LAS GRANDES ENTIDADES SOCIALES CUANDO HAN CUMPLIDO SUS DESTINOS HISTÓRICOS

La liga de Esmalkalden anuncia la victoria del Protestantismo; y la victoria del Protestantismo anuncia la desaparicion de Lutero. En cuanto el destino histórico de este hombre, señalado por predestinaciones providenciales á fines extraordinarios, se ha cumplido, su personalidad desaparece de los horizontes del tiempo, como una de esas nubes que se han derretido en lluvia sobre la tierra ó que se han disipado en vapores por los aires. El monje oscuro, que tiritaba con el frio de la fiebre palúdica en las campiñas italianas, asombrado, él, que pasara su infancia pidiendo limosna, del esplendor de Roma; católico exaltado hasta rayar en místico; penitente solitario hasta rayar en cenobita; el día que los vientos de la tempestad revolucionaria pasaron por su mente y le hicieron erguirse y rebelarse contra Roma, trasformóse en tribuno del pueblo, á cuyo alrededor se congregaban las muchedumbres; en jefe y cabeza de Estados que iban á beber su religion y su política juntamente á los manantiales de aquella clara conciencia; en expugnador del Pontificado y del Imperio, los cuales, bajo sus tiaras y sus coronas, que parecían las cúspides del mundo, temblaron á los ataques de Lutero, fulminante allá en su cátedra de Witemberg; argumentador y agudo allá en su Dieta de Worms; profético allá en su Patmos de Wartburgo; soberbio delante de todos los poderosos de la tierra, cuando sus discípulos redactan la confesion del Protestantismo, como si el espíritu de toda aquella revolucion se hubiera subido exclusivamente á su cabeza. Por tan maravillosa manera congrega en torno suyo legiones de sectarios, conmueve las conciencias, inscribe en sus ejércitos á los príncipes, amenaza al Pontificado y al Imperio, amedrenta á hombres como Carlos V y Clemente VII, pelea en Worms, triunfa en Augsburgo, y funda con la liga de Esmalkalden una confederacion, la cual cambia